

A close-up, profile view of a doll with curly blonde hair and striking green eyes. The doll is looking out of a window with a dark frame. The lighting is dramatic, with strong highlights and deep shadows. The doll's face shows some signs of wear, including a small mark on the forehead and a smudge on the chin. The doll is wearing a light-colored, patterned garment.

Abdiel Batista

EL BÚRDEL
DE ALGÚN DIOS

Abdiel Batista

EL
BURDEL
DE ALGÚN DIOS

DEL CUADERNO DE LOS
DEMONIOS BUENOS

Primera edición: septiembre de 2020

©Grupo Editorial Max Estrella

©Editorial Calíope

©Abdiel Batista

©En el burdel de algún dios

ISBN: 978-84-122178-6-5

Grupo Editorial Max Estrella

Calle Doctor Fleming, 35

28036 Madrid

Editorial Calíope

editorial@editorialcaliope.com

www.editorialcaliope.com

*Este libro está dedicado a la memoria
de mi bisabuelo Pantaleón Arrué Jaén.
Porque de niño me enseñó a leer y a contar
historias en aquel portal amarillo.
Abdiel Batista.
Julio 2019.*

NOTA DEL AUTOR

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

Nota del Autor

Me dispuse a escribir este libro de relatos distópicos y fantásticos con la idea de buscar en la escritura la voz simple que me hacía falta para continuar en uno de los peores momentos de mi vida. Adopté la escritura como terapia de sanación y la creatividad como motor de avance para dejar el pasado atrás y volver a empezar. Así, entre marzo de 2018 y julio de 2019 escribí quince relatos que se mezclan con el bien y el mal, la fortaleza, el miedo, la muerte y por último la fe. Quedando solo siete de ellos completos y compactos para ser una herramienta salvadora de mi vida y empezar una nueva etapa como escritor y lector.

Quiero agradecer a cada uno que se ha involucrado en mi proceso de sanación, a los que me han exhortado que no me detenga y continué hasta el cansancio. A quienes conversan conmigo de ficción y literatura sin saber mucho de ese gran mundo. A la soledad, a la musa creativa que me atrapa en parques, buses, oficina y me hace correr al cuaderno para escribir la idea y después, buscar mi escritorio improvisado en casa para cultivar el oficio. A mi esposa, a mi hija, a mi madre, padre y hermana que no tienen idea de mis batallas conmigo mismo para ser alguien en la vida. Solo así podré estar en paz, siempre y cuando se sientan orgullosos.

Abdiel Batista.

Capítulo I

La verdad no tengo idea porque lo llamaban el burdel de algún dios. Quizás, para que nadie sospechara de esa pequeña habitación dentro de la iglesia. Pero sabía que eso era su nombre, ya que una vez cuando caminaba entre sus pasillos, yo escuché cuando la llamó de esa forma. Días después supe de qué se trataba y de cómo se debía llegar. Se atravesaba por un pequeño pasillo después de cruzar la sacristía; San Francisco de Asís custodiaba la entrada antes de llegar a la puerta. Dicha puerta era vieja como la misma iglesia que cuando se abría tenía ese ruido a viejo que da la madera junto al metal. Una vez la cruzabas, solo había una pequeña ventana sobre la pared de fondo casi pegada al techo. Si tenías suerte, una paloma negra llegaba a recibirte. Te observaba con sus ojos redondos como canicas y movía su pescuezo, sus alas y de un brinco desaparecía. Dentro de aquella pequeña habitación había una cama de madera. Siempre estaba arreglada de blanco, una sola almohada y una pequeña Cruz clavada en la pared que daba al cabezal. También, existía una mesa de noche con libros, y un gran mueble guardarropa alto y viejo. Sus paredes eran celestes, un color que no se encontraba en ningún otro lado de la iglesia. Tenía también un piso de baldosas blancas con un acabado en marrón, si eras curioso, te lograbas percatar que era un círculo muy bien trabajado que ocupaba todo el centro de la habitación. Jamás de las veces que me enviaron en busca de algo tanto al guardarropa como a la mesa, la encontré sucia o desordenada. Solo una vez sentí un olor ácido que me quemó la nariz de golpe. Hoy cuando les doy esta entrevista, creo que era azufre, pero no de farmacia, sino del mismo infierno.

Año Cero

*A Alexis Villarreal.
Quien pulió el arte
de mi lectura.*

Bonnie tenía los pies sobre el pequeño mueble de mimbre acomodados en su almohada favorita. La suavidad de aquel almohadón marrón y redondo de tejidos de color crema era una de las pocas cosas materiales que la hacían feliz. Era un recuerdo de su madre que lo había confeccionado en el último verano antes de su muerte. Dicho espacio, constaba también de un sillón de espalda alta color verde que era otra herencia, esta vez de sus abuelos maternos. Siempre supo que aquel pequeño sitio era su lugar preferido desde niña, donde se puede cazar sueños y tristezas, gracias a la ventana con vista a toda la entrada. Ahí también, le encantaba respirar la paz y la soledad, esa tranquilidad que no existía en ningún otro lado de la vieja casa. Con los pies puestos los más verticales que pudiera, le gustaba ver entrar la luz del sol y de cómo cruzaba los cristales. También, imaginaba ver llegar a su madre y su padre cuando se sentía sola y acorralada por su destino. La casa de dos pisos era su herencia única. Su hermana mayor llamada Clara, se había casado muy joven en un matrimonio un poco escandaloso. Su embarazo llegó primero que el compromiso. De algún modo moral fue una gran carga y decepción para su madre que detestaba lo mal organizado. Clara se casó tan rápido como pudo. Y antes que su barriga creciera, se mudó a la ciudad vecina a cuatro horas de la casa. Su madre quedó viviendo con Bonnie que solo tenía dieciséis para ese momento. Ambas se apoyaron muy unidas hasta que la muerte logró separarlas.

Bonnie cuidó a su madre hasta su último día. Un cáncer en el seno acabó con la compañía de madre e hija, y obligó a Bonnie a vivir sola después que cumplió sus veinte años. Bonnie llevaba una relación normal, pero distante con su

hermana Clara y ambas se habían acostumbrado a vivir con la excusa del olvido. Solo era necesario escucharse una vez por semana, cada una detrás de su teléfono como si jugaran a las escondidas. Con los años Clara había parido tres veces y la última fue un golpe definitivo. Su tercer embarazo fue de gemelos masculinos. Este suceso natural, ese milagro de la naturaleza dejó a la familia de Clara más pobre que clase pudiente. Su esposo trabajaba en una fábrica de autos poco reconocida ganando un bajo salario y Clara se había quedado tiempo completo con los niños. Tenían una casa sencilla y muy pequeña de pocas habitaciones y una sala amontonada con muebles. Un hogar de poco espacio que en horas pico se convertía en un cuadrilátero de supervivencia. Los gritos de los niños golpeaban con fuerza las paredes dando significado que empezaban a vivir. Un llanto de una madre a escondidas cada semana que buscaba la fórmula perfecta para poder dominar cada situación que se diera. Y aunque, muchas veces o la mayoría era dominada por los niños en pleno crecimiento ya que tenían el arte de cumplir órdenes a medias y de guardar silencio cuando su madre colapsaba en emociones, Clara pensaba y extrañaba a su hermana con sus ojos hinchados y admitiendo en sus adentros lo tanto que la necesitaba. Tomaba el teléfono y la llamaba para buscar el calor de su voz. Clara solo deseaba un aliento para bajar los niveles de estrés y adrenalina con los cuales vivía cada día. Sin embargo, Clara recordaba sus últimos años con su hermana y retrocedía, se llenaba de orgullo y prefería solo saber cómo estaba y entre más rápido conseguía una respuesta, las llamadas terminaban sin objetivo alguno.

Clara y Bonnie solo se llevaban dos **años** de diferencia. Sus vidas eran un conjunto de mezclas. Lograron tener casi los mismos amigos, los mismos juguetes, los mismos gustos por la comida y la ropa. Eran muy niñas cuando su padre murió de un ataque al corazón. Lo encontraron casi doce